

CESEDEN

LA URSS, EL EUROCOMUNISMO Y EUROPA OCCIDENTAL

- Por Pierre HASSNER
- De la Revista DEFENSE NATIONALE ,
Enero 1977.
- Traducción del Comte. PLANELLS BO-
NED.

Junio - Julio 1977

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 111 - VI

¿Desean los soviéticos la victoria de los partidos comunistas occidentales? ¿Están dispuestos a explotar la crisis económica que sacude a ciertas democracias europeas? Dichas preguntas no encierran, sin duda, respuestas únicas y ciertas. La visión dialéctica y mundial de la "correlación de fuerzas" convence a la URSS de que éstas actúan a largo plazo en su favor pero no quiere explotar los procesos revolucionarios más que en la medida en que pueda controlarlos y evitar en especial los choques de reflejo sobre su "imperium" o su potencia. La URSS. no se ha decidido a elegir una estrategia definida y "nada y guarda su ropa". Es importante saberlo para tener una apreciación correcta de la situación en Europa y de la actitud que hay que adoptar frente al eurocomunismo.

Pierre Hassner, director de investigación de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas (Centro de Estudio de las Relaciones Internacionales) es también profesor del Ciclo Superior de Estudios Políticos de dicha Fundación.

En 1975, todos los comentaristas trataron de establecer el balance de la Conferencia de Helsinki sobre la seguridad y la cooperación en Europa: ¿Victoria soviética, en razón de la misma celebración de la reunión, que consagraba el statu quo en Europa? ¿O victoria pírrica, por la manera en que se había desarrollado su preparación y por los temas sobre la libertad de circulación de las personas e ideas que la URSS había tenido que aceptar se discutieron en la misma? De un modo más general, se suscitó la interrogación sobre el futuro de la política soviética respecto a Occidente y sobre el de la distensión. Esta última, ¿era el instrumento de una estrategia ofensiva, o la señal de una aceptación sincera de la cooperación fundada sobre el status quo, o bien se estaba asistiendo a un giro en favor de una política más dura o más centrada en la modificación del equilibrio militar? (1).

El año 1976, año de espera, de elecciones y de incertidumbre, no ha proporcionado ninguna respuesta a estas preguntas. Al contrario, este año ha suscitado otras muy paralelas. En esta ocasión, es sobre el balance de la conferencia de los partidos comunistas de Europa, sobre lo que se formulan las interrogaciones. Una vez más, algunos ven una victoria soviética en el hecho de que la conferencia se haya celebrado con la participación de los partidos occidentales y sobre todo, por primera vez en veinte años, con la de los yugoslavos, y que haya dado origen a un documento en el que se apoyan las grandes líneas de la política exterior de la URSS; otros subrayan el precio elevado que ha tenido que pagar al aceptar los hechos - (por el procedimiento de la preparación y del desarrollo de la conferencia) y los términos del documento en el sentido de reconocer la diversidad, la igualdad y la autonomía de los partidos comunistas. De modo más general, ante el fenómeno, denominado impropiaemente eurocomunismo, es decir, ante la afirmación hecha por un cierto número de partidos comunistas occidentales (así como, por el P.C. japonés) de que sus concepciones respectivas del socialismo eran distintas del modelo soviético, especialmente desde el punto de vista de la democracia, ciertos comentaristas han visto ante todo una estratagema, aceptada por la URSS, para permitir a estos partidos su acceso al poder; otros creen que el movimiento comunista internacional se encuentra en vísperas de una nueva excomunión o de una nueva ruptura, y otros finalmente, consideran que la URSS acepta realmente de buen grado un cambio de naturaleza en sus relaciones con los partidos comunistas que le permitirá escapar del dilema de la reconquista o de la escisión.

Una vez más, nosotros nos inclinamos por la prudencia, considerando que la ambigüedad es real, que aparece simultáneamente en la situación objetiva y en las intenciones de los dirigentes soviéticos, que a éstos les interesa por ahora retrasar el momento de la elección y nadar entre dos aguas, y que la pregunta abierta: "¿desean o no la participación de los partidos comunistas en los gobiernos de Europa Occidental?" no tiene una respuesta única ni cierta. En las relaciones de Moscú con los partidos comunistas así como con los gobiernos actuales, al igual que en su alternancia o mezcla de subversión y de seducción respecto a la Yugoslavia de Tito, se trata sin duda más de adquirir ventajas en una situación imprevisible que de una estrategia metódica y deliberada.

(1) v. el artíc. "Fase nueva en Europa: de la inestabilidad política al desequilibrio militar", Defense Nationale, diciembre, 1975.

Tal vez es, precisamente, la propia noción de estrategia lo que habría que discutir, al menos en lo que concierne a las relaciones de la URSS con una región en la que no tienen los medios adecuados para intervenir directamente.

Al preguntarnos permanentemente si tiene una estrategia ofensiva o defensiva, si es favorable al status quo o a la revolución, si está a favor de los actuales gobiernos occidentales o del acceso al poder de la izquierda, nos arriesgamos a descuidar a la vez el carácter específico del poderío actual, al menos en Europa, y el de la política soviética.

El periodo se caracteriza por lo que nosotros hemos llamado la edad o era de la paz caliente, por oposición a la guerra fría, es decir, por la aceptación del status quo y por la incertidumbre respecto a la cuestión de saber si esta aceptación llevaría a consolidarlo o a minarlo. La distensión producida por la aceptación implica ciertamente una oportunidad, o un riesgo: liberar a las fuerzas del cambio: legitimación de los partidos comunistas al Oeste, penetración de las influencias occidentales o impulsión del espíritu crítico en el Este. El juego ESTE-OESTE, desde este momento, se transforma en una competición por el control y la manipulación de estas fuerzas, esforzándose cada uno en explotarlas en su propio beneficio - sin destruir los elementos del status quo que les sirven de sustrato común. Mientras tengan éxito en ello, la URSS puede, gracias simultáneamente a las servidumbres del status quo y a su carácter evolutivo (lo que Kruchev llamaba "status quo dinámico", en el que incluía el proceso histórico de la descolonización y los progresos del socialismo), evitar el elegir entre objetivos y estrategias que en el límite serían incompatibles.

Estas servidumbres y este carácter evolutivo se ven todavía - más incrementados por las características propias de la Unión Soviética. Sus dos rasgos esenciales - sus dimensiones geopolíticas, en particular por comparación con las de sus vecinos europeos, y sus orígenes revolucionarios, la condenan a una relación dinámica con su marco ambiental, y entorno. Es una amenaza para sus vecinos por el solo efecto de su masa. Se siente circundada por ellos por el hecho mismo del carácter único de su régimen. Suponiendo incluso que su objetivo primordial fuera el desarrollo económico, la naturaleza de su régimen la induce a concebir este desarrollo bajo los rasgos de una combinación de competencia con Occidente (" alcanzar a los Estados Unidos") y de cooperación con él ("pedir dinero o técnicas a los capitalistas para poder competir mejor con ellos") y también, precisamente por esta misma razón, de aislamiento hostil respecto a él para evitar el contagio ideológico y mantener la máxima autarquía posible.

Este tipo de desarrollo, que acentúa la independencia y la potencia, tiene necesariamente sus consecuencias en política exterior, en particular para las naciones de Europa Occidental que han elegido la vía distinta, la del pluralismo, de la prosperidad y de la permeabilidad. Su incapacidad, subjetiva u objetiva, para constituir una potencia de dimensiones o de cohesión comparables, sitúa a la URSS, cualesquiera que sean sus intenciones en una situación de "finlandizador objetivo".

Recíprocamente, la atracción que los países de Europa Occidental (a través de fenómenos tan diversos como el Mercado Común y el eurocomunismo) pueden ejercer sobre la Europa del Este, combinada con los rasgos sociales y nacionales propios de ésta última, se considera en la URSS peligrosa para su seguridad que ella identifica, naturalmente, con la de su imperio. El deseo de autarquía ideológica se ve desde luego reforzado por el temor de los resultados de tener que abandonar, en gran parte, la autarquía económica. La escuela optimista, entre los soviétólogos, tiene razón probablemente, al subrayar que las numerosas declaraciones llamando a una intensificación de la lucha ideológica o a la vigilancia contra el imperialismo citadas por los pesimistas son probablemente y ante todo, de uso interno y destinadas a proteger el dominio comunista en el Este más que a extenderlo al Oeste con ayuda de algún plan importante de subversión.

Pero estaban equivocados al no ver, en la época de la euforia, que esta necesidad de hostilidad defensiva implicaba una fragilidad permanente para esta misma distensión que la URSS, por razones económicas y diplomáticas, se esforzaba en hacer irreversible. Además el hecho mismo de aceptar los riesgos de la distensión, dentro de unas condiciones de inferioridad económica y de vulnerabilidad ideológica, supone una necesidad constante de compensar estas debilidades demostrando una superioridad en potencia (esencialmente militar y policiaca), en estabilidad y en unidad. La preocupación defensiva de mejorar o al menos de mantener el status quo en el Este (y por consiguiente de combatir las tendencias centrífugas como es el caso de la atracción del Oeste) implica la preocupación ofensiva de controlar el status quo en el Oeste, o al menos de combatir las tendencias que podrían incrementar su atracción y su influencia en el Este.

Tanto si se trata, pues, de la política soviética respecto a los comunistas heréticos invitados a volver al redil, o a los comunistas occidentales, al Mercado Común y la OTAN, o incluso en lo que se refiere a

la seguridad europea y a la distensión, por un lado están indisolublemente ligadas ciertas consideraciones interiores y exteriores al imperio, y por otra, se trata de reaccionar ante los acontecimientos y evoluciones favoreciéndolos o previniéndolos más que creándolos. La URSS parece consciente de los límites de su influencia en las regiones que no controla directamente, en particular dentro de las que están cubiertas por las organizaciones occidentales. Pero al propio tiempo, su visión del mundo internacional no es una visión estática. Consiste más bien en un lento desplazamiento de la "correlación de fuerzas" en su favor.

Es importante, desde luego, no confundir las profesiones de fe marxista referentes al sentido de la historia con los principios que inspiran la política de la super-potencia soviética, ni las profesiones de fe triunfalistas, obligatorias en los congresos y discursos oficiales, con la evaluación real por los dirigentes del Kremlin, de la relación de fuerzas en Europa o en el mundo. Sin embargo, en el triple plano de las concepciones estructurales, de la coyuntura mundial y de la coyuntura europea, es muy posible que el análisis soviético considere realmente que la evolución, aunque sea compleja y contradictoria, se produzca en su conjunto en un sentido favorable.

En el primer plano, la noción soviética de "correlación de fuerzas" es, de modo explícito, más conflictual y más dinámica que la noción clásica de equilibrio. La crítica que los soviéticos hacen de las concepciones "kisingerianas" en esta materia concuerda perfectamente con la noción "krucheviana" del "status quo" dinámico: consiste por un lado en la acen--tuación del papel de las fuerzas sociales y de sus contradicciones, y por otro, en subrayar que la situación de conflicto permanente resultante de lo anterior no puede estabilizarse de manera durable, que los acontecimientos y evoluciones deben favorecer a una parte o a la otra, y a la larga, serán desfavorables al campo imperialista (2).

Pues bien, justamente, en el segundo plano, la coyuntura vista por los dirigentes soviéticos va en el sentido de este pronóstico optimista a largo plazo. Los textos oficiales hablan de una "reestructuración" o de un cambio decisivo de las relaciones internacionales que habría consistido en

(2) Sanakoev (C): "EQUILIBRIO de las potencias y correlación de fuerzas", rev. LA VIE INTERNATIONALE, Moscú, 1974.

un "desplazamiento de las fuerzas en favor del socialismo". Es este cambio de la correlación de fuerzas lo que habría hecho posible la distensión obligando a los dirigentes capitalistas a aceptar el status quo al Este y la cooperación con él, y permitiendo al Kremlin lanzar el programa de paz del XXIV Congreso. Cinco años después, en ocasión del XXV Congreso, se ha insistido todavía más en el desplazamiento de la correlación de fuerzas: - "La preponderancia sensiblemente incrementada de las fuerzas de paz y de progreso les permiten determinar el eje principal de la política internacional. Y es esencialmente a lo largo de este eje donde se efectúa el desarrollo actual de los acontecimientos mundiales, cuyo rasgo dominante es el proceso cada vez más amplio y más profundo de distensión y de saneamiento general del clima internacional... En nuestros días, el socialismo es la fuerza más dinámica en el terreno internacional" escribió Gromiko en un artículo de la revista teórica "Kommunist". Y Leónidas Breznev, en su informe al XXV Congreso, vuelve a tomar esta expresión de "eje principal" para el "desarrollo de los países del socialismo, el incremento de su potencial, y el refuerzo de la influencia benéfica ejercida por su política internacional".

Tanto en el plano del análisis como en el de las prioridades políticas, la exposición de Gromiko y la de Breznev siguen el mismo orden: primeramente el refuerzo del campo socialista en el marco militar: "En su conjunto, la actividad de la organización del Tratado de Varsovia ejerce una influencia positiva no solamente en Europa, sino más allá de sus fronteras", y sobre todo en el de su unidad: "El estrechamiento de la unidad y de la cohesión de los Estados de la comunidad socialista a sido, y sigue siendo la orientación principal de la actividad del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Estado Soviético en política exterior (3).

En segundo lugar se invocan las victorias de las fuerzas de liberación nacional, sus conflictos con el Occidente imperialista, al apoyo decisivo que les proporciona el campo socialista en estos conflictos, y su cooperación con los países en vías de desarrollo. El desarrollo de las relaciones con los países capitalistas bajo el signo de la coexistencia pacífica no interviene más que en tercer lugar, y Europa Occidental aparece cuando se trata de la distensión (precediendo a los Estados Unidos en la exposición de Breznev en tanto que iba detrás en la de Gromiko). Finalmente, es

(3) Gromiko (A): "La política de paz en acción". Rev. La Vie Internationale, Diciembre 1975, p. 5 y 6.

a propósito de la distensión, y al mismo tiempo de las relaciones de fuerzas con el campo socialista, cuando se mencionan brevemente los cambios interiores ocurridos en Europa. La idea general es la de un contraste entre el Este unido y dinámico y el Oeste dividido y en crisis.

Es a propósito de esta relación de fuerzas que se modifica, también en Europa, en favor del socialismo, y a propósito de sus efectos sobre la distensión y sobre las relaciones entre Europa y los Estados Unidos, que se mencionan, por un lado, la crisis económica y por otro, la caída de los regímenes fascistas, los éxitos de los partidos comunistas, y la tendencia, según la expresión de un autor soviético, del continente "a deslizarse hacia la izquierda" (4). Pero lo uno y lo otro parecen netamente subordinados a los fenómenos políticos globales y sobre todo, interpretados dentro de su perspectiva.

Es cierto que en el informe de Breznev, reaparecen con un motivo diferente, en relación con el movimiento comunista internacional y con el "proceso revolucionario mundial, término frecuente en los textos de los especialistas soviéticos de la ideología como SUSLOV, PONOMAREV y ZARADOV, pero que no aparece normalmente en los discursos de Breznev. El problema, por consiguiente, en relación con Europa o dentro de una perspectiva global, es el de las relaciones afirmadas como no-contradictorias entre la perspectiva de la distensión y la del proceso revolucionario. Conceptual o dialécticamente, las dos se incluyen dentro de las nociones de coexistencia pacífica (entendida como prosecución de la lucha de clases por todos los medios distintos a la fuerza militar) y del status quo dinámico. Concreta o políticamente, la cuestión es saber si cada una de las dos perspectivas conduce a una opción estratégica o a una prioridad diferentes.

La respuesta de este estudio es: sin duda, pero no todavía. Por ahora, la práctica de la URSS va de acuerdo con su teoría para combinar prudencia y dinamismo evitando las opciones radicales y conservando la libertad de acción.

Los diferentes elementos de esta evolución se encuentran, a los ojos de los soviéticos, en una relación dialéctica. En principio, deben reforzarse mutuamente: así, el refuerzo del campo socialista obliga al cam

(4) Henry (E).: Literaturnaya Gazeta, 6 Noviembre 1974.

po capitalista a aceptar la distensión, ésta refuerza las divisiones en el se no de este último y contribuye con ello a su debilitamiento y así sucesivamente... Pero el progreso demasiado brutal de alguno de los elementos - puede perjudicar a los demás, es decir a la estabilidad del propio imperio soviético, que sigue teniendo la prioridad de las prioridades. Se trata pues de estimular las corrientes favorables y de contrarrestar las corrientes - desfavorables, o los contragolpes peligrosos de las primeras, evitando por ejemplo que la distensión o la cooperación económica conduzca a un relaja miento del control centralizado en el interior del campo soviético, o que el refuerzo de la URSS y las divisiones atlánticas pongan en peligro la dis tensión o conduzcan a la defensa autónoma de Europa Occidental. Estímu - lo y desánimo no pueden obtenerse sino bajo una forma de influencia indi - recta más que por una intervención directa.

Esto tiene más valor todavía cuando se trata de "explotar" o no "la crisis" y de favorecer o no la evolución interior de los países de Europa Occidental o los progresos del "proceso revolucionario". Más que el dilema "ofensiva-defensiva", la cuestión concreta que se plantea a la URSS es la de las relaciones entre proceso y control. La URSS desea una desintegración controlada de Occidente, pero sabe que no puede con-- trolar este proceso en la forma en que ella controla su propio imperio. - Mientras se desarrolle de manera lenta y progresiva, no tienen que plan-- tearse opciones decisivas, puede aprovechar de un modo simultáneo venta jas teóricamente incompatibles. Una aceleración del proceso, la aparición de situaciones revolucionarias o de vacíos estratégicos pueden obligarla a algo que le repugna profundamente: elegir entre dos estrategias de pruden cia o de aventura, entre la primacía del control, y la dinámica del proce-- so, entre las ventajas locales o a corto plazo y el peligro de comprometer una perspectiva global o de largo plazo.

En Kruchev se percibía su confianza en los procesos dinámi-- cos y esta confianza le exponía a pecar por aventurismo en el exterior y por relajamiento en el interior del imperio. Breznev desea como él aumen tar la potencia soviética en el exterior, y más todavía, la viabilidad de los regímenes comunistas en el interior, pero acentuando más la necesidad de control y de cohesión. La cuestión es saber si las fuerzas que él no puede controlar -preservándolas a la vez frente a las tentaciones ofrecidas por el entorno, a los nuevos instrumentos de que dispone la URSS en el exte-- rior para proyectar su potencia y a sus debilidades persistentes en el inte-- rior- le presentarán de nuevo dilemas kruchevianos.

Aquí, una vez más, es preciso distinguir entre el marco diplomático-militar, en el que la URSS tiene posibilidades de acción directa, aunque se trate de reacciones, sobre todo, a circunstancias inesperadas, y el ámbito socio-ideológico, en el que se trata de actitudes y de declaraciones más que de acciones, aún cuando estas actitudes y estas declaraciones comprometan todavía más profundamente el modo en que el Kremlin concibe la situación mundial y su propio poder.

Desde el primer punto de vista, se puede considerar que existen dos hipótesis que pueden obligar a Moscú a salir de su ambivalencia para proceder a revisiones desgarradoras: son la de un OCCIDENTE que en lugar de debilitarse y de dividirse lentamente, hallará de un modo suficiente la fuerza y la determinación para privar a la URSS de los beneficios de una distensión y de una cooperación incondicional, y la inversa, de un OCCIDENTE que se disgregará de un modo lo suficientemente rápido y radical para ofrecer a la URSS verdaderas ocasiones de penetración o de conquista. En un sentido, desde 1973, se han detectado ciertos elementos de las dos situaciones: un cierto endurecimiento occidental (en las negociaciones militares y sobre todo en las condiciones de cooperación económica) y la mismo tiempo una cierta paralización americana y europea. De ahí, una cierta tentación para MOSCÚ de correr mayores riesgos desde el punto de vista de una distensión, que resultaría menos rentable de lo previsto, para conseguir ventajas o puntos a su vez más accesibles de lo que la URSS habría podido esperar. Su actitud en los asuntos entrelazados de Portugal y de Angola pueden interpretarse de este modo, así como su relativo endurecimiento verbal, sin que se observen cambios fundamentales.

Desde un segundo punto de vista, más general, es probable que Europa y el mundo occidental capitalista en su conjunto que, al comienzo de la política de distensión, se consideraban suficientemente estables a plazo medio para constituir el soporte de un arreglo diplomático y de una cooperación tecnológica duraderos, se perciban ahora en movimiento, por una serie de evoluciones cuyo enfrentamiento puede producir resultados difícilmente calculables. La crisis de la distensión y la crisis económica vienen a modificar o a reforzar, según los casos, los cambios políticos en curso: sucesión a las dictaduras mediterráneas, ascensión de la izquierda en Francia y en Italia, posibilidad de gobiernos, con participación de los partidos comunistas y evolución concomitante, táctica o doctrinal, de estos mismos partidos hacia posiciones más autónomas, y al propio tiempo, convergentes entre ellas, tendiendo a crear una nueva realidad política, la del "eurocomunismo".

Ya sea para el arbitraje entre las consideraciones diplomático-estratégicas y las consideraciones ideológicas o en el interior de cada uno de los dos ámbitos, entre la primacía del dinamismo, o de la búsqueda de una influencia tan amplia como sea posible, y la de la prudencia, o de la búsqueda de un control tan estricto como sea posible de lo que ya se tiene, la URSS no parece disponer, en Europa, de una perspectiva estratégica de conjunto. Parece simultáneamente que el Kremlin esté buscando dicha línea pero que ésta tenga que seguir siendo, con toda probabilidad, una línea de compromiso. Por el momento, no se ve todavía en la obligación de renunciar a su actitud favorita consistente en retroceder las opciones tratando de "guardar su pastel comiéndoselo".

Los signos que de ello dinamizan son contradictorios. Parece que las divergencias deban atribuirse en cierto modo a diferencias de opinión y a dudas al más alto nivel: es difícil explicar de otra manera el titubeo que presidió la preparación de la Conferencia de Berlín o las diferencias de lenguaje entre los Señores SUSLOV y BREZNEV y el hecho de que los pasajes más duros del primero fueran censurados para su publicación en PRAVDA, etc. (5)

En segundo lugar, se observa en el conjunto, una cierta evolución hacia la confirmación de la distensión, pero de una forma cada vez más "musculosa" hacia Occidente, y de la tolerancia, pero bajo una forma cada vez más vigilante y desconfiada, respecto a los P.C. occidentales, ambas acompañadas de un endurecimiento preventivo en Europa del Este. Pero sobre todo, parece que se trata de una diferenciación de los papeles y de las actitudes que responden ante todo, a la preocupación de guardar todos los flancos y de adaptarse al resultado difícilmente previsible y controlable de las evoluciones y de las revoluciones en el interior de los diferentes países. Para sacar dos ejemplos, cuantas más concesiones tácticas se hacen, más necesario es mantener, en otro nivel, la pureza de la doctrina. Inversamente en Portugal, parece que la URSS, después de haber empezado por adoptar una perspectiva prudente sostuvo la política aventurista de aceleración de la revolución desde arriba durante el verano de 1975 y se opuso con fuerza a su crítica por el P.C. italiano, pero esto no impide para el caso de que éste, por vías que no aprueba, llegase cerca del poder, el

(5) V. Pravda, 19 marzo 1976.

que se esfuerce en mantener una cierta influencia sobre él y a través de él antes que rechazarlo a las tinieblas de la excomuni6n ideol6gica y de la alianza occidental. (6)

Así pues la evoluci6n de las relaciones entre el Partido comunista italiano y la URSS parece obedecer simultáneamente a una l6gica de la separaci6n y de la conciliaci6n: a medida que se acerca al poder, el PCI manifiesta cada vez más las profundas diferencias que le separan del comunismo soviético y su enraizaci6n dentro de la realidad italiana, europea y occidental; al propio tiempo precisamente porque se trata de relaciones de potencia a potencia, Berlinguer y Breznev tratan de controlarse recíprocamente, de no privarse del apoyo eventual que podrían proporcionarse, de limitar las repercusiones de sus divergencias inevitables, de compensar - aquéllas que, dentro del plano ideol6gico, desbordan el de la política concreta cuando se trata de Italia y de sus relaciones con la construcci6n europea y los Estados Unidos, mediante una solidaridad en la visi6n mundial de la distensi6n y de la oposici6n entre las fuerzas de la paz y las del imperia lismo.

De un modo más general, puede decirse que la dualidad clásica de la política soviética -de Estado a Estado y de partido a partido- no solamente continua en sus relaciones con los países de Europa Occidental (especialmente en su juego triangular con el PC francés y el Gobierno francés que le lleva a ser amable con el PC, en ocasi6n de la visita del Presidente de la República, y con éste con motivo del Congreso del P.C. de la U.S. boicoteado por o prohibido a- el Sr. Marchais sino que se halla en las relaciones con los propios Partidos Comunistas. Estos se presentan por un lado como buenos o malos alumnos, discípulos o herejes. en potencia, que es preciso llamarlos a la ortodoxia o de los que hay que evitar todo contagio, y por otro, como fuerzas políticas cuya participaci6n en el poder, debe preverse, por primera vez, de modo serio, y que debe de explotarse o al menos no enajenarse. Esta es, parece ser, la primera explicaci6n de la curiosa combinaci6n de ataques te6ricos y de deferencia política de que son objeto los comunistas italianos (7).

(6) Véanse a este respecto los artículos de Zaradov: "¿ Los Estados Unidos de Europa o el Socialismo en un solo país? ", Nouvelle Revue Internatinal, mayo, 1975, y "La estrategia y la Táctica leninista de la lucha revolucionaria", Pravda, 6 de agosto de 1975.

(7) A veces, por otro lado, se asiste a una síntesis de los dos. Así, después de la Conferencia de Berlín, los soviéticos reanudan la ofensiva

Si el P.C. francés ha aparecido en el pasado, como hijo mayor de la Iglesia marxista, y si, más recientemente, el conflicto con él aparece más agudo que con el P.C. italiano, existe la impresión de que actualmente es éste último el que ha sido tomado más seriamente, tanto desde el punto de vista ideológico como del político. Ideológicamente, es él quien presenta la amenaza más constante y más seria (del mismo modo que la de Checoslovaquia era más grave que la de Rumania) en la medida en que corre más riesgo de traicionar al leninismo. Por otro lado, el P.C. italiano y el P.C. español estimulan la idea del eurocomunismo, de un modelo o de un polo de socialismo pluralista adaptado a las sociedades más civilizadas (como lo ha dicho amablemente Carrillo) del Occidente europeo. Pues bien, es esta idea que, yendo más allá de la pluralidad de las vías nacionales, es la más peligrosa por sus repercusiones en Europa del Este y por la amenaza implícita de llevar la sede de la Iglesia allí donde los padres fundadores la esperaban: en las sociedades occidentales. El P.C. francés, por el contrario, está de acuerdo con la URSS en declarar su hostilidad a cualquier versión regional del socialismo. Aunque se acerca al P.C. italiano, se distingue de él no solamente por el nacionalismo que ha permitido a Annie Kriegel el hablar a su respecto de desviación rumana más que de italiana, sino también en el acento que pone en la lucha anti-imperialista. Nos recuerda así, entre Moscú y la minoría de partidos euro-comunistas que se le oponen y se unen a la integración europea y a la primacía de la distensión, la actitud de los países de la "tercera postura" (Cuba, Corea, Vietnam del Norte) al comienzo del conflicto chino-soviético.

Igualmente, en el otro plano, el de la "Realpolitik", se puede alegar que la diferencia entre la desviación rumana y la desviación francesa consiste en que, si el nacionalismo en el interior de su propio bloque sirve a la Unión Soviética, el nacionalismo en el exterior, y sobre todo en Europa Occidental, sirve a sus intereses. La campaña anti-alemana del P.C. francés, sus advertencias contra el retorno a la OTAN, su hostilidad a la integración europea y a la evolución de la doctrina francesa en materia

atacando, sin nombrarlos, a los partidarios del pluralismo, de las vías nacionales y del abandono de la dictadura o del internacionalismo proletario. Pero, al propio tiempo, en otros textos, niegan la existencia de divergencias reales y presentan las divergencias supuestamente ideológicas como la expresión puramente táctica de lenguajes diferentes destinados a facilitar las alianzas necesarias en Occidente (V. Woslenskij: "Eurokomunismus"... Die Zeit, 12-XI-76.

de defensa no puede hacer otra cosa que alegrar a la Unión Soviética. Al contrario, la campaña del P.C. italiano por la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común por el refuerzo de las instituciones europeas, en especial del Parlamento europeo, etc. no puede hacer otra cosa que disgustarle. Esto cobra todavía más valor en lo que se refiere a las posturas del P.C. español.

Sin llegar a imaginar una conspiración según la cual la URSS y el P.C. francés estarían de acuerdo para que éste finja la independencia a fin de combatir mejor la integración en el Oeste y atraer mejor a los gaullistas como contrapeso de los socialistas, no se puede evitar la constatación de que no hay ningún punto de política exterior, como no sea el calor -muy relativo pero todavía excesivo a los ojos del P.C. francés- de las relaciones franco-soviéticas, en que están en desacuerdo la URSS y dicho partido. Puede decirse casi otro tanto del P.C. italiano y del P.C. español por lo que no se refiere al continente europeo: es notable que la URSS, los PC de Europa occidental, incluida Yugoslavia, se encuentran respecto a problemas o cuestiones como las de Angola, el Líbano o el "raid" de Entebbe, en el mismo bando, el de "las fuerzas de la paz" en lucha contra el "imperialismo". Pero en lo que se refiere a Europa del Este, y más aún, a la del Oeste, parece que las posturas de los PC italiano y español, en la medida en que su lógica es la de la constitución de una Europa unida, fuerte e independiente, sea fundamentalmente contraria a los designios del Kremlin.

Es cierto que podemos mostrarnos escépticos sobre las probabilidades de realización de esta aspiración; pero los soviéticos, igual que los chinos, parecen tener tendencia a tomarla más en serio que los propios europeos. Sobre todo, ella tiene un sentido simbólico ante el cual, tal como indica el artículo de Zaradov de mayo de 1975 (v. la nota 6), no pueden permanecer insensibles.

Sin embargo, en esta misma frontera simbólica de la política de potencia y de la ideología, hay otra dimensión que debería inclinarnos a considerar favorablemente la política del PC italiano más que la del PC francés. Los soviéticos desean desde luego incrementar su influencia en Europa occidental sin poner en peligro, por un lado, la distensión y su diálogo bipolar con Washington, ni por otro, presentar un modelo concurrente de socialismo en Europa oriental. Dentro de esta doble perspectiva, tanto la situación de Italia como la estratégica del P.C. italiano deberían parecerles más tranquilizadores que una victoria de la izquierda en Francia:

un Gobierno de unión nacional, tanto si se le bautiza de "compromiso histórico" como de "coalición de salvación pública", debería plantearles menos problemas porque daría menos motivos de inquietudes a los Estados Unidos y menos esperanzas a los europeos del Este que una victoria de la izquierda, en nombre del socialismo, en un país estratégica y simbólicamente más central como es Francia.

Pero es ahí donde interviene la otra consideración, la de los innumerables artículos y declaraciones de Ponomarev, Suslov, etc. que impulsan a una estrategia dura, o revolucionaria; a los antípodas de la del PC italiano, y que se adhieren directamente al compromiso histórico como abandono de la vanguardia del partido de la clase trabajadora.

Aquí, todavía, es difícil profundizar en la interpretación conspirativa hasta llegar a sugerir, como lo hacen los comunistas españoles, que la URSS predica a los partidos occidentales una estrategia intransigente precisamente para impedirles que lleguen al poder. Pero es legítimo preguntarse si ella prefiere verles ejercer una influencia favorable dentro de la oposición, sin manchar su pureza ideológica, o una influencia todavía más favorable, en ciertos aspectos, en el gobierno pero al precio de riesgos graves en el plano ideológico.

Una vez más, la respuesta no puede ser hipotética y a la vez equilibrada. Probablemente, la URSS desea ante todo un debilitamiento y una política exterior conciliadora por parte de Europa Occidental. Tanto si se trata de las conversaciones M.B.F.R., de la política de defensa, de la actitud hacia otros problemas, como del diálogo Norte-Sur o el Oriente Medio, la fuerza de los comunistas y su influencia sobre el Gobierno le parecen un elemento favorable: "Por todas partes donde los comunistas y sus aliados ganan una gran parte de los votos en las elecciones, que llega a veces hasta la mitad, los círculos dirigentes de la burguesía se ven forzados a seguir una política que satisfaga las exigencias de la oposición democrática para mantenerse en el poder (8).

Esta situación a la "italiana", ¿representa el ideal, o la participación de los comunistas en el gobierno les parecería todavía más favorable?

(8) Silin (E), "La alineación de las fuerzas en los países capitalistas", la Vie Internationale, marzo de 1975.

Sin duda, a largo plazo, la respuesta de la URSS es favorable a esta participación pero, una vez más, no en cualesquiera circunstancias y tampoco a cualquier precio. Si provoca suficientes crisis en Occidente para debilitarlo, sin destruir la distensión, y si por su parte, la URSS puede controlar los efectos en Europa del Este, el balance le tiene que ser favorable. Sobre este último punto, el peligro es real, como lo demuestran en particular los disidentes de Alemania del Este Havenan y Biermann que se muestran partidarios del Eurocomunismo; pero en un subsiguiente análisis, Moscú debería tener cierta confianza en su capacidad de prevención, de disuasión y sobre todo, y eventualmente, de sanación. Si por el contrario, el resultado es un dinamismo mayor de las sociedades occidentales y la construcción europea, y una mayor integración de los partidos comunistas en ellas, lo que puede ser el caso en Italia con la hipótesis de un Gobierno de salvación pública, el balance es negativo - (9). La URSS ha de desear que los partidos comunistas triunfen pero no demasiado, que se transformen lo suficientemente para participar en el poder pero no demasiado para que puedan prescindir de su ayuda o para dar mal ejemplo. Es probable que este caso sus preferencias no sean definitivas y que dependa de la evaluación del contexto y de las reacciones occidentales.

(9) En el número de septiembre de 1976 de la NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE, órgano de los P.C. publicado en Praga, M.T. Sinisalo, líder de la fracción pro-soviética del PC finlandés, denuncia la "nueva estrategia de la burguesía", consistente en hacer participar a los PC. en el poder haciéndoles endosar las medidas impopulares suscitadas por la crisis económica. No pueden denunciarse de forma más clara - los peligros de la estrategia del PC italiano. Sin embargo, en el número siguiente de la misma Revista, se cede la palabra a R. Mechini, dirigente del PCI, para defender la política de alianzas de éste, y simultáneamente a D. Nemes, dirigente del PC húngaro, que ataca el abandono de la dictadura del proletariado suscitando la respuesta vigorosa de J. Kanapa en FRANCE NOUVELLE. Finalmente, en el número de diciembre de la revista de Praga, T. Jivkov, el número uno búlgaro, asimila el eurocomunismo al antisovietismo, juicio contra el cual el P.C.I. protesta y que J. Kadar, número uno húngaro declara no compartir. Titubeo, renuncia a una línea única y obligatoria, o división - del trabajo, la URSS con su discreción se reserva las opciones del - compromiso pero encarga a sus aliados más fieles de atacar a los herejes: se hace cada vez más difícil zanjar la cuestión.

Un Occidente dividido y temeroso puede dar a la URSS la oportunidad de "recuperar" a los partidos eurocomunistas demostrándoles que les interesa situarse al lado del más fuerte. Un Occidente hostil e intolerante los colocaría, igualmente, al lado de Moscú, a falta de otra solución de repuesto. Un Occidente a la vez firme y acogedor, que sepa mantener el equilibrio en los distintos niveles; nacionales en los diferentes países, europeo y mundial, pero que sepa también utilizar recursos de seducción, de domesticación y de renovación de la sociedad pluralista, podría estimular una evolución que significaría para la Unión Soviética un fracaso histórico comparable a largo plazo al cisma chino. Como ocurre con frecuencia, somos nosotros, los europeos del Oeste, los que, en gran medida, tenemos la respuesta a las preguntas que nos hacemos.

Pierre HASSNER.